

NOVENA

CDD 242

A LA

AUGUSTA MADRE DE DIOS

BAJO LA ADVOCACIÓN

DE

MARIA AUXILIADORA

POR

DON JUAN BOSCO

1815-1888



BOGOTÁ

TIPOGRAFÍA SALESIANA

1891

AL LECTOR.

Para completar la serie de opúsculos ya publicados sobre la devoción á la Inmaculada Virgen, honrada con el título de MARÍA AUXILIADORA, nos han suplicado compusiéramos una novena que al paso que diera á conocer el origen de este culto, pudiera servir á los fieles para poderse preparar devotamente á celebrar la solemnidad instituída en honor de la Augusta Reina de los cielos. A fin pues de satisfacer plenamente estos piadosos deseos, hemos procurado exponer, en nueve meditaciones, los ejercicios de una novena preparatoria á la fiesta de Nuestra Señora del Buen Socorro, Auxilio de los cristianos; la que podrá también servir en todo tiempo á los fieles que quisieren consagrar nueve días de plegarias á esta divina Bienhechora del género humano.

Teniendo por principal objeto, la Asociación, bajo el título de Marta Auxilia-

triz, el procurar á los asociados la protección especial de *Marta* para la hora suprema de la muerte, y excitarles á una tierna devoción hacia *Jesús Sacramentado* y hacia su *Madre Inmaculada*, trataremos aquellas materias que nos han parecido más conducentes á este fin.

En cuanto á los ejemplos que se agregan á cada una de las consideraciones, los referimos sin hacer mención de las personas, para evitar pesquisas indiscretas. Pero conseruamos, sobre esos hechos, datos manuscritos auténticos, que están á disposición de aquellos cuya fé los necesitase para estar bien fundada.

Añadimos á esta novena un apéndice sobre el reglamento de la piadosa Asociación de *Marta Auxiliatriz*, que el Soberano Pontífice *Pío IX*, se dignó erigir en Archicofradía, por un breve de 5 de Abril de 1870.

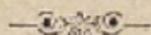
Que *Marta* pues, que en estos últimos tiempos, ha manifestado de tantas maneras diferentes sus infinitas misericordias, sea mi socorro y el vuestro, ¡oh cristianos lectores!, á fin que podamos vivir y morir en la gracia del Señor y cantar eternamente sus alabanzas por los siglos de los siglos. Así sea.



NOVENA

A

MARIA AUXILIADORA.



Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos libranos, Señor Dios nuestro, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, criador, Padre y Redentor mío, en quien creo, en quien espero, á quien amo y estimo mas que todas las cosas, me pesa de haberos ofendido, por ser Vos

quien sois bondad infinita; y también me pesa por que me podéis castigar con el infierno; y ayudado de vuestra divina gracia, propongo nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuera impuesta. Amén.

ORACIÓN DE CADA DÍA.

Santísima Virgen María Reina de todos los Santos y madre mía, designada por vuestro divino Hijo espirante en la Cruz para salvar á todos los hombres; acudo á Vos con amor y confianza, pues sois abogada de los pecadores y Auxilio de todos los cristianos. Alcanzadme, Señora mía, el perdón de mis culpas, un verdadero dolor de ellas, luz y acierto para hacer una buena confesión de todas ellas, conseguir la gracia

de Dios y con vuestro auxilio mi eterna salvación.

Por este fin os ofrezco los obsequios de esta novena, que consagro en vuestro honor. Recibidlos, mi buena madre, y haced que logre la gracia que me he propuesto pedirós en el curso de esta Novena. Si me conviene para el bien de mi alma os pido la gracia (*cada uno pida la gracia que le conviene*) y deseo, Señora mía, que en todo se cumpla la voluntad de Dios ; pero bien lo veis, mi buena madre, cuantas ansias y penas afligen mi corazón ; pues apresurad vuestro auxilio á tantas necesidades mías. Os lo pido por los méritos de vuestros dolores que padecisteis al pie de la Cruz, cuando vuestro Jesús os constituyó madre y auxilio de los cristianos. Amén.

DIA PRIMERO.

MARIA SOCORRO DE LOS CRISTIANOS.

1. Una buena madre es siempre un verdadero tesoro para su familia. Así María, nuestra misericordiosa Madre, es el manantial de gracias y bendiciones á donde acuden todas las familias cristianas diseminadas en el universo entero. Nosotros nos hallamos en la tierra como sobre un mar tempestuoso, en un destierro, en un valle de lágrimas. Pues bien: María es la estrella del mar, el consuelo de nuestro destierro, la luz que nos guía hácia el cielo, nuestra alegría y esperanza nuestra: *vita dulcedo et spes nostra*. Ella se muestra tal, obteniéndonos sin cesar los socorros así espirituales como temporales de que tenemos necesidad. María, dice San Jerónimo, tiene un corazón tan tierno y compasivo para con nosotros, que jamás ha habido persona alguna que haya sentido sus propias penas, como esta divina Madre toma parte en las de cada uno de nosotros (1). Así, apenas imploramos su socorro en nuestras necesi-

(1). EPIST. AD. CUSTOD.

dades, cuando al instante obtenemos el alivio deseado. Cuando María oyó de boca del Angel S. Gabriel que su prima Elisabeth podía necesitar de su auxilio, al momento se puso en camino á través de las montañas y emprendió aquel viaje largo y escabroso: *abiit in montana eum festinatione* (1). Y llegado que hubo á la casa de Zacarías, sirvió María en ella con humildad y amor por espacio de tres meses, sin moverse hasta que sus servicios no fueron ya necesarios. Lo mismo hizo en las bodas de Caná de Galilea, á donde había sido convidada con Jesús: cuando al finalizar el convite, les llegó á faltar el vino, María con su solicitud maternal se apercibió de la pena y disgusto que esto causaba; y al momento compadecida, apresuróse á proporcionarles el remedio sin ser para ello rogada. Desde entonces se hizo ya *Auxiliatrix*, como nota S. Bernardino de Sena: *officium piæ auxiliatricis assumpsit, non rogata* (2). Hijo mío, dijo en voz baja, á Jesús, no tienen vino. (3). Pronuncia María estas palabras en un tono que implora un milagro y lo consigue.

2. Esta tierna solicitud de María en socorrer y consolar, no ha disminuído un

(1). LUC. 1. 39.

(2). S. ALPD. DE LIG. *Gl. de María*.

(3). S. JUAN 2. 3.

punto después de su ascensión al cielo por ministerio de los ángeles. Antes podría decirse que ha aumentado más bien. Pues ella se acuerda que allá en el calvario el moribundo Jesús la constituyó madre nuestra; y desde aquel día su corazón fué de tal manera repleto de compasión y amor, que la suma del amor de todas las madres no podría igualar de mucho al que María profesa á cada uno de nosotros. ¡Pensamiento dulce y embelesador!

Así vemos, en la larga sucesión de los siglos, á María venir siempre en socorro de los que la imploran, por lo que S. Agustín y S. Bernardo esclamaban ambos á dos: “Jamás se ha oído decir, ¡oh María! que alguno haya implorado vuestra asistencia y haya sido de Vos abandonado. (1)”.

Repasad las páginas de las tradiciones cristianas, interrogad á la historia del cristianismo en todos los reinos y países del universo, y por doquiera hallaréis á María viniendo en socorro de sus afligidos hijos. Entrad en un santuario consagrado á María y mirad esos *ex-votos*, signos de su bondad y de su poder. Qué de enfermos incurables, de dolientes desahuciados por la ciencia, que de náufra-

(1) S. ALPH: *Novena de Med.*

gos, de almas desesperadas! Y viendo esos testimonios de su reconocimiento, no podréis menos de exclamar: ¡Oh *María*, cuán buena sois! ¡cuán poderosa! jamás habeis abandonado á los que han acudido á Vos!

3. Mas si *María* nos otorga su asistencia en las necesidades temporales, con mucha mayor razón tenemos asegurada su protección en las necesidades espirituales. Sería preciso escribir volúmenes enteros si quisiéramos enumerar los favores de *María* para con sus fieles devotos. S. Bernardo explica así esta verdad: *Dios ha querido que todo bien nos viniera por María*: y S. Bernardino de Sena añade: *Toda gracia nos viene por María y ella las dispensa á quien quiere y como quiere*. ¡Qué de vírgenes le deben su pureza, qué de jóvenes la gracia de haber vencido sus pasiones! ¡Qué de padres y madres la salvación de sus hijos! Puede decirse que no hay ningún buen cristiano que no deba su santidad á la intercesión de *María*. La historia de la Iglesia nos enseña que los santos más grandes son aquellos que han profesado mayor devoción á *María*.

Y no solamente es ella la abogada de los cristianos en particular, sino que lo es también de la Iglesia universal. Con su auxilio es que los apóstoles y los mártires

tires de la primitiva Iglesia, hasta nuestros días, han triunfado de todos sus perseguidores. Es en nombre de Maria que la idolatría ha sido vencida, y que el árbol de la cruz ha sido enarbolado triunfante en todo el universo (1). Ya S. Juan Crisóstomo llamó á Maria, el ornamento, la gloria y la fuerza de la Iglesia: *Ecclesiae nostrae decus, gloria et firmamentum* (2). Por esto, ¡oh piadosos lectores!, decimos con S. Bernardo: *En los peligros, en las angustias, en las dudas, pensemos en María, invoquemos á María: que su nombre suene siempre en nuestros labios, que Ella jamás se aparte de nuestro corazón; In periculis, in angustiis, Mariam cogita Mariam invoca; non recedat ab ore, non recedat á corde* (3).

PRÁCTICA.

En nuestras penas y angustias, invocaremos frecuentemente á María.

(1). S. Cir. de Alej. Homil. contra Neit.—Oct. de la Nat. de la B. V. M.

(2). SERM. die 5 Nat. B. V. in Off.

(3). HOM. 2. super Missus est.

EJEMPLO.

La historia nos suministra abundantes ejemplos de la solicitud de María en socorrer á los cristianos cuando se hallan en peligro. Referiremos, entre todos, la victoria que los cristianos obtuvieron contra los Turcos, por su protección. Después que esos enemigos de Jesucristo habían triunfado en muchos combates pasaron al filo de la espada á veinte mil cristianos, en sola la ciudad de Nicosia, desollando y mutilando un gran número de ellos de vivo en vivo. No satisfechos con semejantes crueldades, amenazaron con sangre y carnicería á la cristiandad entera. ¿Qué fuerzas serán poderosas para contener á esos formidables invasores? El Papa S. Pio V. que en aquella sazón gobernaba la iglesia, se esforzó en unir con una santa liga á los príncipes cristianos; exortólos á armarse contra el enemigo común; pero solo el rey de España Felipe II, el Duque de Saboya, Manuel Filiberto, y algunos otros príncipes italianos, secundaron la voz del Vicario de Jesucristo. Entonces, Pio V. viendo las fuerzas de los cristianos tan inferiores á las de los infieles, de manera que la victoria, humanamente hablando, hubiera sido imposible, pone toda su confianza en

María. Ordena públicas plegarias en toda la cristiandad, y, lleno de fé se abandona al socorro de esta Celestial Madre. En seguida hace recomendar á los Generales de la armada cristiana, que licencien á todos los hombres de mala vida, y que á los que queden bajo sus órdenes les exijan una irreprochable conducta y una perfecta devoción á María. Los combatientes después de haberse confesado todos, recibido la sagrada Comunión y la bendición Papal, se pusieron en marcha contra el enemigo, bajo la égida de la Reina del cielo. El ocho de Octubre, las dos flotas se encuentran una enfrente de otra, en el golfo de Lepanto. Eran las cuatro de la tarde. Las trompetas dan la señal del combate, y los cristianos, al grito de *Viva María*, se arrojan contra los infieles. Ya hace una hora que se baten con encarnizamiento de una y otra parte, y la victoria es indecisa, cuando he aquí que el generalísimo de la armada turca cae muerto. De repente los bárbaros caen en el estupor y la confusión les hace emprender la fuga; sus navíos son tomados al abordaje, arrollados ó incendiados y su derrota es completa. En cosa de pocas horas los Turcos han perdido treinta mil hombres, doscientos veinticuatro navíos y cuatrocientos veintisiete cañones. Este golpe aplastó el poderío musulmán y marcó la era de su

decadencia que hoy día ya casi toca á su fin. Todos reconocieron que esta prodigiosa victoria fué debida á la protección de María, la que en aquel mismo momento se había dignado revelarlo, por medio de una visión celestial, á su siervo Pio V., quien, en testimonio de gratitud, decretó añadir á las Letanias de la Santísima Virgen, llamadas Lauretanas, la invocación: *Auxilium christianorum, ora pro nobis.*

SÚPLICA.

María Santísima, Madre de bondad y misericordia, quien, á menudo con vuestro patrocinio, libertásteis al pueblo cristiano de los asaltos y ferocidad de los musulmanes; libertad, os suplicamos, nuestras almas de los acometimientos del demonio, del mundo y de la carne; y haced que podamos en todo tiempo alcanzar completa victoria sobre nuestros enemigos.

Ave María y Gloria.

DÍA SEGUNDO.

Por la señal etc.; todo como en la página 5.^a

SE DEBE PARTICULARMENTE HONRAR A MARIA EN LAS SOLEMNIDADES Y DIAS CONSAGRADOS A SU CULTO.

1. Si queremos que María nos asista en nuestras necesidades, debemos tener por nuestra parte, un deseo sincero y una voluntad perfecta de agradarla en todo aquello que pueda redundar en su alabanza, y honrarla particularmente, en los días y solemnidades consagradas á su culto. En esos días, los ángeles y santos del empíreo, ensalzan á esta Reina de los cielos y proclaman sus grandezas y su gloria. Pues así también nosotros, purificando primero nuestra alma de toda mancha de pecado, debemos prepararnos á una santa comunión, tal es el más seguro medio de complacer á María, y celebrar las fiestas á ella consagradas. Si nos fuere posible, en tales días, asistamos á alguna iglesia para asociarnos á los divinos oficios, y si esto no pudiéremos, procuremos, previa alguna lectura edificante, meditar sobre

alguna de las virtudes, de los hechos ó misterios de que se hace memoria en la solemnidad del día.

2. Pero á fin de prepararnos mejor para celebrar las alabanzas de María en las grandes solemnidades, esforcémonos en practicar una novena, ó un *triduo* por lo menos. ¿Qué hace un buen hijo cuando ve aproximarse el aniversario del natalicio ó santo de su madre querida? Escoje las más hermosas flores para el ramo que ha de ofrecerle, se esfuerza en expresar del mayor modo posible los sentimientos de amor filial, en cumplir más exactamente sus deberes, y en evitar hasta la sombra de cuanto podría disminuir el regocijo de ese día. Lo mismo hemos de hacer nosotros; al acercarse la festividad de nuestra Celestial Madre, pongamos un particular cuidado en perfeccionarlo en todo; seamos más pacientes, más humildes, más caritativos. Ya desde la mañana, y después durante el día, elevemos el espíritu y el corazón hacia María; nuestras acciones aun las más insignificantes, practiquémoslas con una intención en todo conforme á la unión de un hijo con su madre, para complacerla de este modo y ofrecerle un ramillete de flores espirituales: *“Venid, nos dice ella misma, entretegedme guirnaldas de flores y frutos: fulcite me floribus, stipate me malis*

quia amore langueo. Los que la profesen una devoción más tierna, pueden imponerse una mortificación, ó una limosna. Si la novena tiene lugar en templo ó capilla, que se sigan con puntualidad todos sus piadosos ejercicios. En una fiesta de la Asunción, vio Santa Brígida aparecérselle la Santísima Virgen con un manto en el cual había un grupo de figuras resplandecientes, y fuéle revelado que significaban las almas de los fieles, que habiéndose preparado con la mayor devoción para celebrar esas santas solemnidades, María las cubría con su protección, y los ángeles tenían para con ellas las más afectuosas miradas.

3. Además fuera de ese culto especial tributado á María en el curso del año, celebrando fiestas y novenas en honor suyo, la Iglesia nos estimula á consagrarle los sábados de cada semana, y á practicar en dicho día algún acto de piedad y virtud. S. Juan de la Cruz, Santa Teresa, S. Alfonso de Ligorio tenían la costumbre de ayunar los sábados, y muchos cristianos observan aun hoy día este ayuno. Otros se contentan con cualquier otro piadoso ejercicio, sea en privado, ó sea en algún santuario, ó bien ofrecen en honor de la Santísima Virgen todas las acciones de ese día. Pero sobre todo, mis amados cristianos, no dejemos pasar ni

un solo día sin honrar á María, y dirijámosla á menudo la salutación Angélica para atraernos sus gracias y favores. Por saludarla sin cesar con el *Ave María* San Bernardo oyó un día que la Virgen le respondió: «*Yo te saludo, hijo mío Bernardo.*» Cuidemos que jamás el respeto humano nos impida de asistir á las procesiones que se hacen en honor de la Madre del Salvador. Si os hicieréis inscribir en alguna piadosa Cofradía, tened especial atención de practicar fielmente las Reglas de la misma. Haced conocer á María á la juventud y á la infancia, propagad imágenes, medallas y opúsculos que hagan conocer su poder, é inspiren una tierna confianza hacia Ella; y así María os mostrará los efectos de su protección, ya aquí en la tierra, y después según su promesa, os preparará en el cielo un lugar entre los bienaventurados: «*Los que me habrán honrado, poseerán la bienaventuranza eterna:*» *qui elucidant me vitam aeternam habebunt* (1).

PRÁCTICA.

Propongo hacer cada sábado una mortificación cualquiera en honor de María.

(1). *Ecccl. cap. 21.*

EJEMPLO.

Aun en este siglo se complace Dios en obrar, para alivio de la humanidad doliente, grandes prodigios por la intercesión de María Auxiliatriz. Citaremos en el curso de esta novena, algunos ejemplos para edificación de nuestros piadosos lectores.

Helos aquí:

El 10 de Junio de 1868, cerca de medio día vióse arribar á Turin y pararse delante de la puerta del templo de María Auxiliadora un coche de viaje, del cual se apeó un hombre de aspecto distinguido, quien, fué inmediatamente á confesarse, y después acercóse con recogimiento á la sagrada Mesa. Habiendo dado gracias, entró en la sacristia, hizo una ofrenda al Rector de la iglesia y dijole: “dignaos «rogar por mi y contar á todos las maravillas que se me ha hecho, gracias á la «intercesión de la Santísima Virgen,» «Obligado á explicarse: «Vengo de Faenza, dijo, á cumplir un voto. Un hijo mío, «de cuatro años de edad, objeto de todas «mis esperanzas, cayó gravemente enfermo, y ya no daba señales de vida; ya lo «llorábamos como muerto, cuando llegó «un amigo y nos aconsejó que hiciéramos «una novena á María Auxiliadora con «una promesa de hacer una ofrenda á este templo.

« Yo lo prometí todo y también de venir
 « en persona á este lugar y recibir en él
 « la sagrada Comunión, si obtenía la gra-
 « cia que casi ya no había esperado. Fui
 « escuchado. Al quinto día de la novena,
 « se hallaba mi hijo fuera de peligro, y
 « hoy día se encuentra perfectamene res-
 « tablecido. Por lo que, no le llamo ya mi
 « hijo, sino hijo de la Santísima Virgen.
 « He cumplido mi voto, y vuelvo á mi
 « casa *consolado, bendiciendo á la Ma-
 « dre de toda misericordia, María Auxi-
 « liadora.*» (1).

SÚPLICA.

Oh! María auxilio poderoso de los cristianos, que se acercan llenos de confianza al trono de vuestra misericordia, oid los ruegos de vuestros hijos, que imploramos vuestro poderoso socorro, á fin de poder huir del pecado y las ocasiones de pecar.

Ave Maria y Gloria.

(1). Véase: *Recuerdos de una solemnidad, etc.* Turin. Imp. del Oratorio de S. Francisco de Sales del año 1868.

DIA TERCERO.

Por la señal etc.; todo como en la página 5.^a

CONVIENE RECOMENDAR LA SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS, É IMPEDIR LA BLASFEMIA Y LAS MALAS CONVERSACIONES.

Tres graves puntos de desorden hanse introducido en las costumbres de nuestros dias, los cuales ultrajando la Majestad divina, causan la ruina de la sociedad cristiana y afligen al dulce corazón de María. El primero es la profanación de los domingos y dias de fiesta. Vemos con sentimiento que en no pocas villas y ciudades, no se hace ya la menor distinción entre las fiestas y los dias de trabajo; trabajase en el campo y en los talleres, así públicos como privados. Parece como si los enemigos de Dios se hubiesen coaligado para gritar: quitemos, hagamos desaparecer los dias del Señor de la faz de la tierra. (1). El segundo de esos desórdenes es la blasfemia, la cual va todos los dias en tanto aumento, que bien se

(1), Pág. 73.

puede decir que el demonio se ha empeñado en infiltrar en los infelices cristianos, aquello que fue la causa de su condenación al infierno, esto es: la maldición y la blasfemia. Así vemos que no hay suerte de palabras impías que no salgan de la boca de los hombres de toda edad, y aun de la de las mujeres y niños. Ultrajes á Dios, á su Providencia, á sus atributos, al Santísimo Sacramento; profanación de todo lo sagrado, añadiendo á todas esas burlas sacrílegas un tercer mal, no menos perjudicial á las almas: las malas conversaciones y palabras deshonestas. Si la blasfemia es un atentado contra la santidad de la religión en cuanto destruye el respeto debido á la Iglesia y á sus ministros, los malos discursos atacan la pureza de las costumbres, manchan el espíritu y el corazón: «las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres,» ha dicho San Pablo (1). Esos tres crímenes precipitan diariamente á un sin número de cristianos en los abismos infernales. ¡Oh desolación de nuestro desventurado siglo, que hace reír á Satanás y llorar á los ángeles del cielo!

2. Si queremos, pues, agradar á María de un modo especial, no solo debemos procurar que nuestra alma no se macule

(1). Cor. 15.

con ninguno de esos graves pecados, sino que además es preciso que trabajemos con todo el celo posible en extirparlos, ó cuando menos en contrarestarlos en cuanto esté de nuestra parte, con nuestros ejemplos y palabras. Mostrémonos fieles observadores de la Ley del domingo. Ordenemos, desde la víspera, todo cuanto haya que hacerse en casa, por manera que no caigamos después en la tentación de meter en ello la mano, ó de hacer terminar un trabajo comenzado; y que todos los que están bajo nuestras órdenes entiendan bien que tal es nuestra firme voluntad, á fin de que puedan conformarse con ella. Acordaos de santificar los días del Señor: *memento ut diem sabbati sanctifices, nec facies in eo omne opus* (1). Pero no solamente se nos prohíbe en ese día el ocuparnos en obras serviles, sino que además se nos impone la obligación de dedicarnos en todas aquellas cosas que tienen por objeto la gloria de Dios y la santificación nuestra. Santificando las fiestas de este modo, atraeremos grandes bendiciones de Dios sobre nuestras familias. En muchos pasajes de la Sagrada Escritura, promete el Señor la prosperidad y abundancia á los que guarden este pro-

(1). EXOD. 20.

cepto (1). Y al contrario, ¿cuál no deberá ser el castigo reservado á los profanadores de la ley divina, quienes en la antigua ley eran condenados á muerte y apedreados? *qui polluerit illud, morte morietur* (2). El venerable párroco de Ars decía á este respecto: «Conozco yo «dos medios para arruinarse; y son el «robar y profanar los dias festivos.»

3. Guardémonos mucho, piadosos lectores, de no proferir jamás ninguna blasfemia cualquiera que sea. Es la blasfemia una injusticia imperdonable, y una negra ingratitud para con Dios; es un acto de furor, y San Agustín ha dicho, que los que blasfeman á Cristo que reina en los cielos, no comete menor pecado que los que le crucificaron en la tierra (3). Padres y madres, pues, jamás toleréis que vuestra casa sea profanada con semejante crimen; castigad severamente al que se hiciera culpable de él. En la ley antigua, los blasfemos eran condenados á morir apedreados: *«qui blasphemaverit nomen «Domini, morte morietur; lapidibus «opprimet eum omnis multitudo* (4).» Si esta ley ya no está en vigor, no por esto deja Dios de tener preparados graves cas-

(1). LEVIT. 26.

(2). EXOD. 31.

(3). *Sobre el cap. 26 de SAN MATEO.*

(4). LEV. cap. 24.

tigos para los profanadores de su Santo Nombre. Basta á veces una sola blasfemia para atraer los golpes de la divina venganza. Por haber blasfemado, hizo morir en una sola noche ciento ochenta mil soldados del ejército de Senaquerib. Faraón dijo en su orgullo: «no conozco al Señor» mas fue sepultado en las olas del mar con todo su ejército. Habiendo blasfemado Juliano Apóstata, cayó traspasado por un dardo. Arrio pereció ahogado en un lugar inmundo, por haber negado la divinidad de Jesucristo. Olympo Arriano, habiendo blasfemado públicamente contra la Santísima Trinidad, fue herido de tres rayos en presencia de su auditorio (1). Raro es el caso en que la blasfemia quede sin castigo. Hay, pues, prevaricadores de la santa religión, como también de los que atacan la moral. Si jamás debemos atrevernos á juzgar mal de la Iglesia, de sus prácticas y de sus ministros, ¿qué respeto no deberemos tener al Soberano Pontífice, á sus decretos, á los Obispos, y á todos los que se hallan revestidos de un carácter sagrado, guardándoles una humilde y sincera deferencia? «*obedite præpositis vestris, et subjacete eis:*» obedeced á aquellos que os dirigen y estadles sumisos, dice San Pablo (2).

(1). EL AÑO 510.

(2). HEBR. 13.

Así mismo en lo tocante á la moral, ¿cuán reservados, cuán honestos y castos conviene que seamos en las conversaciones! No es más excusable el hablar y pensar sobre lo que la moral prohíbe, que el cometerlo. Si Nuestro Señor ha dicho que los hombres rendirán cuenta de todas las palabras ociosas que habrán hablado, ¿cuánto más severamente serán juzgadas las palabras escandalosas que traen consigo la ruina y depravación del corazón? Y no diga alguno: «si hablo yo «un tanto libremente, es porque los que «me oyen son capaces de comprenderme «sin escandalizarse.» Este es un gran abuso. Para cometer un pecado grave, basta consentir en un mal pensamiento. ¿Cómo, pues, podréis estar seguros que la persona que entienda los discursos insidiosos y seductores, no será víctima de ese mal pensamiento? Sed buen cristiano y esto bastará. Pensad que vuestra lengua ha sido consagrada por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que habéis recibido en la santa Comunión. No la manchéis pues, con unas palabras más sucias que el lodo. San Pablo refiriéndose á la impureza, ha dicho que ciertos vicios ni siquiera han de ser nombrados entre los cristianos. No consintáis por tanto en vuestra presencia conversaciones impuras, y sobre este punto portaos con valor y entereza, tanto con

vuestros inferiores é iguales, quanto con vuestros mismos superiores. Si la prudencia prescribe la moderación, sin embargo es muy permitido dar á entender con un continente serio, que no aprobamos ni gustamos de lo que es vergonzoso. Que la casta Madre del Salvador os libre de cometer esos tres ultrajes contra su Divino Hijo, y os ayude á alejar de los mismos y preservar del infierno á un gran número de desgraciados cristianos.

PRÁCTICA.

Santificaré las fiestas y evitaré los malos discursos y los blasfemos.

EJEMPLO.

Si es verdad que Dios protege y premia, aun en esta vida, á los que honran á la Santísima Virgen María, también es cierto que su mano castiga á veces, de un modo terrible, á aquellos que cometen el crimen de quererla deshonar é insultar. Citaremos algunos casos. En el siglo V, el hereje Nestorio negó á María el título de Madre de Dios. Pero bien presto fué herido con una terrible enfermedad, y murió con la lengua podrida y comida de los gu-

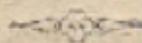
sanos. En el octavo siglo, Constantino Copronymo blasfemó también contra la Santísima Virgen; mas Jesús no dejó impune este crimen contra su madre. Constantino cayó bajo los golpes de una afrentosa enfermedad: su cuerpo se cubrió de llagas ulceradas que le causaban una fiebre abrasadora, y espiró en medio de los más horribles tormentos. Su hijo, siguiendo las huellas de su desgraciado padre, añadió el sacrilegio á la blasfemia. Hizo quitar la corona de brillantes y piedras preciosas de la imágen de María, y la puso en su propia cabeza. Pero al instante su frente se cubrió de unos tumores gangrenosos á lo que se siguió la muerte. Un caballero, holandés de nación, burlándose de la devoción de los católicos á la Santísima Virgen, dijo un dia: «si esta Señora hace milagres, ¿por qué no da la vista á mi «caballo ciego?» Al momento fué escuchado: el caballo recobró la vista, pero en cambio el caballero la perdió (1). Sería interminable si quisiese proseguir las citas. Bastén estos hechos para probar que es muy agradable á Dios que rindamos honor y alabanza á la Bienaventurada Virgen María.

(1). V. APOL. XI N. I. AÑO XII.

SÚPLICA.

Poderosísima Reina del cielo, quien solo pudísteis triunfar de las heregías que intentaban arrancar á tantos hijos del regazo de nuestra madre la Iglesia, socorrednos ¡oh María!, á fin de que guardemos firme nuestra fe y puros nuestros corazones, en medio de tantas insidias y veneno de tan perversas doctrinas.

Ave, Gloria etc.



DIA CUARTO.

Por la señal etc.; todo como en la página 5.

DE LA CONFESIÓN FRECUENTE.

1. El sacramento de la penitencia es una de las mayores gracias de la Misericordia divina. Desgraciados de nosotros si Jesucristo hubiese dicho: «Yo os hago el don del bautismo, por el cual os perdono el pecado original y también el actual, si lo hubierais cometido y os constituyo herederos de mi reino; pero os exijo que conservéis la inocencia hasta el fin de vuestra vida. Si alguno tiene la infelicidad de mancharse con una falta grave, sepa, que para él ya no hay esperanza de salvación.» Nuestro Señor bien podía haber hablado así, y no obstante habría sido una gracia muy grande la del santo bautismo. Conociendo empero la miseria del hombre, por la cual muchos, aun después del bautismo, caerían en el pecado mortal, instituyó Jesús otro sacramento, como medio de volver á adquirir la divina gracia, con el derecho y esperanza de heredar el Paraíso. Dio, pues, á

sus ministros el poder de perdonar los pecados, en su nombre: «aquellos á quienes perdonareis sus pecados, les digo, les serán perdonados (1).» Además ordenó á sus discípulos que perdonasen no solamente siete veces, sino setenta veces siete (2), es decir, cuantas veces el pecador arrepentido confesase sus faltas.

Ha querido por tanto el Señor, en su bondad, que la confesión fuese el segundo medio de reconciliación con Dios, otra tabla de salvación después del naufragio. De modo que aquel que ha cometido cualquier falta grave después de su bautismo, no tiene otro medio que confesarse con un sacerdote aprobado, y recibir de él la absolución. En todo tiempo la confesión secreta, ha sido practicada y juzgada por rigurosamente necesaria para obtener el perdón. San Agustín, en el siglo quinto, exhortaba á los fieles á hacer penitencia mientras *que tienen tiempo para ello*, alejando el justo motivo «de que nadie sabese en la hora de la muerte tendrá posibilidad de poderse confesar (3).» En el siglo tercero, San Cipriano recomendaba á los pecadores que hiciesen penitencia, mientras no tengan

(1) S. JUAN, 20.

(2) S. MATEO, 18.

(3) SERMÓN 393.

para ello obstáculo ninguno (1). Ya antes de él, Orígenes comparaba el pecador á aquel que tuviese una fuerte indigestión, añadiendo que si no quería perecer, tenía que acudir al médico espiritual, que es el sacerdote (2). La Iglesia en el concilio de Trento, ha condenado como herejes á los que negasen la necesidad de la confesión y de su origen divino. Todos los cristianos, pues, desde los reyes, los obispos y el mismo Soberano Pontífice, hasta el último de los pecadores, deben postrarse ante el sacerdote en el confesionario para recibir de él la santa absolución.

2. La confesión no solamente tiene la virtud de hacer recobrar la gracia de Dios, perdida por el pecado, sino también de aumentarla, cada vez que el pecador se acerca al tribunal de la penitencia, aunque sea con solo pecados veniales. Este acto nos proporciona además otras preciosas ventajas; él impide que el vicio se arraigue en nuestros corazones, disminuye en nosotros la fuerza del pecado, y nos preserva de cometer faltas graves y aun leves, purificando el alma á los ojos de Dios, como dice San Bernardo: «*ama confessionem si affectas decorem* (3):» ama la confesión, si aprecias la hermosu-

(1) DE LAPSES.

(2) HOMIL. 2 SOBRE EL PS. 37.

(3) EPIST. 98. A LA VIRG. SOP.

ra del alma. Nosotros añadiremos, «y la paz de la conciencia.» ¡Qué de sabios consejos recibimos de un amigo seguro y desinteresado! ¡qué fortaleza para vencer al demonio! ¡cómo se aumenta nuestra confianza para el día de nuestra muerte, y nuestros méritos para el cielo!

En vista de tantas espirituales ventajas, todo cristiano debería acercarse con anhelo y con toda la frecuencia posible, á este sacramento, pues para experimentar su eficacia, no basta el confesarse una vez al año, como está prescrito. Pasa con el alma lo que sucede con el cuerpo, que no es posible conservar la limpieza exterior lavándose rara vez, ó limpiando los vestidos una sola vez al año. Felices los cristianos que procuran acercarse al tribunal de la penitencia *con una contrición sincera* en las fiestas principales, y además cada quince días ó una vez al mes por lo menos, como está recomendado en todos los catecismos; y aun sería mejor cada ocho días, como lo aconseja San Felipe Neri. Dirá alguno: «yo iría á confesarme á menudo, pero tengo otras cosas que hacer». Estas son vanas excusas y artificios que el demonio sugiere. No faltan muchos momentos y aun días enteros en que se da de mano á los negocios; mas el enemigo de nuestras almas procura alejarnos de la confesión, porque

sabe que es *el principal negocio de nuestra vida*, ¿De qué nos servirá, pues, ha dicho el Señor, ganar el mundo entero, si perdemos el alma (1) ?

3. Por esto el demonio cuando no puede retraernos del todo de la confesión, se esfuerza en turbar nuestro corazón de manera que saquemos de ella los menos frutos posibles, y muchas veces ninguno. Es por esto, piadosos lectores, que debéis procurar poner en práctica los dos avisos siguientes, que juzgo de la más alta importancia.

1. Preparaos para hacer cada una de vuestras confesiones, como si aquella fuese la última de vuestra vida. El mal de un gran número de cristianos está en confesarse sin las condiciones necesarias. Santa Teresa tuvo á este respecto una espantosa visión. Dios la hizo ver á una multitud de almas que se acercaban al tribunal de la penitencia con pésimas disposiciones, y que esas almas caían á los infiernos, como los copos de nieve caen á montones sobre las cimas de las montañas. Asombrada, preguntó la causa, y le fue revelado que esas almas abusaban del sacramento de la penitencia, con intenciones culpables. Por tanto, conviene confesarse siempre como si fue-

(1). MAT. 16.

se en la última hora, con aquellos sentimientos de verdadero dolor por las faltas cometidas, y con el firme propósito de poner en práctica las resoluciones tomadas.

2. Al hacer el examen de conciencia se debe dirigir una mirada sobre la vida pasada, y confiar después al confesor todo aquello que podría ocasionar dudas ó escrúpulos. Lo que se ha de confesar, jamás debe dejarse de una vez para otra, para no exponerse á hacer una confesión imperfecta. Animo, pues, oh devotos de María; al acercaros á este sacramento de la Divina Misericordia, acordáos de pedir á la Reina del cielo que os alcance un sincero pesar de vuestras faltas pasadas, y una firme resolución de evitar los peligros y ocasiones en el porvenir, á fin de haceros cada día más dignos de su protección, y de adquirir en cada confesión un aumento de gracia aquí en la tierra y después la gloria del cielo.

PRÁCTICA.

En honor de María, me prepararé siempre para confesarme bien y someterme perfectamente á las órdenes del confesor.

EJEMPLO.

María Auxiliadora hace sentir en todas partes, los dulces efectos de su poder y de su amor. El 25 de Julio de 1868, recibimos de Austria la siguiente relación:

Hace algunos días, escribía una persona, que en una grande aflicción invoqué á favor de mi yerno, el socorro de María Auxiliadora, y hoy dia no tengo expresiones bastantes para rendirle las gracias. Estando gravemente enfermo, y casi en la agonía, recibió el Sagrado Viático con la resignación y fortaleza de un verdadero cristiano que va á aparecer ante el tribunal de Dios. Mi hija y toda mi familia estaban sumidas en la desesperación, al solo pensamiento de perderle.

En este extremo de cosas, nos vino la feliz idea de hacer una novena á Nuestra Señora del Buen Socorro, y yo puse al cuello del enfermo una medalla milagrosa de María Auxiliadora. Era el 18 de Julio. Desde aquella misma noche, ¡oh prodigio! disminuyó el mal, las fuerzas volvieron y los médicos juzgaron al enfermo fuera de peligro. Y hoy, día 26 de Julio, hora en que escribo ésto, se halla el enfermo en vía de curación perfecta, y nosotros no cesamos de ensalzar el santo Nombre de María Auxiliadora.

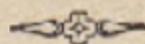
Queremos agregar á este hecho, otro que, según nos han escrito, ha acontecido el 29 de Mayo de 1867 en Horta de España. Una pobre mujer tenía un hijo de siete años, que desde la edad de tres meses quedó ciego de resultas de la viruela. Después de haber inútilmente acudido á los socorros del arte, no le quedó otra esperanza que la protección de María. Tomando, pues, al niño de la mano, fuese á la iglesia; allí, después de haberse confesado, se puso á llorar al pie del altar de la Sma. Virgen, y dijo á su hijo: «Invoca á Nuestra Señora del Buen Socorro; pídele que te devuelva la vista». El niño obedeció á la voz de su madre y se puso á orar en esta forma: «¡Oh María Auxiliadora! curad mis pobres pequeñitos ojos». Apenas había pronunciado estas palabras, cuando exclamó: «Madre, madre, ya veo la imagen de la Sma. Virgen. Oh! ¡qué hermosa es! ¡También os veo á vos, y veo mis propias manos». A este milagro, la madre fuera de sí, saltando de gozo, se puso á ensalzar, con todos los que se hallaban presentes, el Santo Nombre de María, y no cesa de derramar en todas partes, alabanzas á su poder, amor y bondad (1).

(1) VID. APÓL. N. 10, Año XII.

SÚPLICA.

Querida Madre María, quien en el triunfo del Gran Pío mostrásteis vuestro eficaz patrocinio, desplegad vuestro manto sobre toda la Iglesia, y especialmente sobre su augusto jefe el Sumo Pontífice; defendedle en cada momento de los ataques de sus enemigos; libradle de las aflicciones; asistidle siempre, para que pueda dirigir segura al puerto la navicilla de S. Pedro, triunfando de las oleadas que amenazan sumergirla.

Ave, Gloria etc.



DIA QUINTO.

Por la señal etc. ; todo como en la página 5.

DE LA FRECUENTE COMUNIÓN.

1. ¡ Ah, cuán tierno es el amor que Jesús profesa á los hombres ! Durante el curso de su vida mortal, Él ha comprobado con sus palabras y acciones, aquello que el Espíritu Santo había predicho del Cristo y Mesías verdadero : « Mis delicias «son estar con los hijos de los hombres «(1)». Después de tanto bien como había hecho á los mortales, su corazón no queda satisfecho, y quiere realizar un milagro superior á todos los milagros : « *Memoriam fecit mirabilium suorum* (2). «En «su sabiduría infinita ha hallado el medio de unirse á nosotros con la más inefable unión, de dársenos sin reserva con su cuerpo, su sangre, su alma, su Divinidad, de modo que, por decirlo así, haga con nosotros una sola y misma cosa (3).

(1) SALMO 8.

(2) SALMO 110.

(3) VID. S. JUAN CRYST. HOM. 64 *ad pop. ant.*

Ha hallado el medio de alimentarnos con su cuerpo y sangre, sin dejar por esto de vivir glorioso é inmortal en los cielos: «*Escam dedit timentibus se* (1). ¿Y cómo lo ha hecho? Por la institución admirable de la Sagrada Eucaristía.

2. Nuestro amantísimo Salvador, en la última Cena, después de haber dicho á sus Apóstoles, que con el más ardiente anhelo había deseado aquel momento (2); después de haberles recordado las palabras que dijo á los Judíos: «El que come «mi carne y bebe mi sangre tiene la vida «eterna» (3): les descubre la manera como va á realizar su deseo. Tomando el pan en sus manos y levantando los ojos al cielo, lo bendice, lo parte y se lo da á los discípulos pronunciando estas memorables palabras: «Tomad y comed, *este «es mi cuerpo»*. Al eco de estas palabras, instantáneamente el pan se convierte en el verdadero cuerpo de Jesucristo. ¡Milagro nunca oído! Los ángeles se pasman de asombro, los Apóstoles, con una emoción indescriptible, reciben de las manos del Buen Maestro, y comen de este alimento divino. Y ellos experimentan por la primera vez un inexplicable consuelo.

(1) SALMO 110.

(2) Lucas, 22.

(3) S. Juan, 6.

De igual manera el Divino Salvador toma el cáliz con el vino, lo bendice y se lo entrega diciendo: «Tomad y bebed
« todos de él: *esta es mi sangre* (1)...» Y el vino, dejando de ser el fruto de la vid, se transforma y transubstancia en la preciosísima sangre de Jesucristo. No satisfecho empero el Señor de haberse dado así á sus Apóstoles, quiere además perpetuar de siglo en siglo, y en todo el globo, este dón de su amor Divino, uniéndose á todos los que crecerán en Él y se amarán tiernamente. Es por esto que en aquel solemne momento Él mismo confiere el santo ministerio á sus Apóstoles, y les da el poder de obrar el milagro de la transubstanciación, siempre que pronuncien sobre el pan y vino, las mismas palabras que Él ha proferido. Mándales además que transmitan este poder ó facultad á aquellos que recibirán de sus manos el sagrado sacerdocio, para que se sucedan unos á otros hasta el fin de los siglos, á fin de que, por su ministerio, pueda siempre más, en todo tiempo y lugar, unirse á todas las almas y encontrar en ellas sus amorosas delicias: «*Hoc facite*
« *in meam commemorationem*: Haced esto en mi memoria. ¡Oh dón inefable! Con razón, pues, el Concilio de Trento ha de-

(1) MATHEO, 26.

clarado que Jesucristo, con la institución de este Sacramento, ha agotado, por decirlo así, las riquezas de su amor hacia los hombres. «*Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui, ergo homines, amoris velut effudit (1)*». Jesús, dándonos en alimento, dice S. Agustín, nos ha dado cuanto podía darnos con su omnipotencia todo cuanto ha sabido darnos en su sabiduría infinita, todo el tesoro de su riqueza sin límites (2). Mas, ¿por qué nos ha hecho un dón tan grande? Porque no tiene límites. ¡Oh amor incomprendible! Buen Jesús, yo os alabo, os doy gracias y os adoro!

3. La causa impulsiva de este dón divino fue el deseo infinito de Nuestro Señor, de unirse íntimamente con nosotros, de salvar nuestras almas y de enriquecerlas con innumerables gracias. Nos ha hecho promesas tan grandes, para estimularnos á recibirle frecuentemente en la sagrada comunión. A los que le reciban les ha prometido el paraíso, la vida eterna y una resurrección gloriosa al fin de los siglos. «Yo soy el pan bajado del cielo, dice Él, «aquel que comerá de este pan vivirá eternamente, y yo le resucitaré en el «último día (3)». Y para que nadie pu-

(1) SERM. 13. 2.

(2) TRAT. 84 SOBRE S. JUAN.

(3) S. JUAN, 6.

diera alegar excusas para acercarse á este divino sacramento, añade: «En verdad «os digo, que si no comiéreis de la carne «del Hijo del hombre, y no bebiéreis de «su sangre, no tendréis la vida eterna en «vosotros (1)». «Venid á mí, dice con «ternura, venid á mí todos los que os «halláis agobiados de trabajos y miserias, «y yo os aliviare (2). Venid los que sois «inocentes y amáis la justicia, y yo os daré «la santa perseverancia; venid también los «pecadores, si estáis arrepentidos y con- «tritos y bien resueltos á abandonar las «sendas del pecado, y yo os acogeré en «mi seno como un tierno padre recibe á «su hijo muy amado. Venid á mí todos, «y yo os aliviare y consolaré». ¿Qué más podía decirnos el Señor para manifestarnos el deseo que tiene de que todos le reciban en la Sagrada Comunión? La Sma. Virgen María, que conoce á fondo el corazón de Jesús, tiene como su Hijo Divino, el tierno deseo de ver á sus fieles devotos asistir con frecuencia al banquete de los Ángeles.

Después de la Ascención del Señor, Ella dio de esto el ejemplo y consejo á los primeros cristianos, quienes, siguiendo sus pisadas, se acercaban todos los

(1) S. JUAN, 6.

(2) S. MARCO, 11.

días á la Sagrada Mesa: « Todos perseve-
« raban unidos en la comunión y fracción
« del pan (1). » Durante las sangrientas
persecuciones de los primeros siglos, la
comunión fue el consuelo y la fortaleza
de los mártires. En ciertas ocasiones
otorgóles la Iglesia la permisión de lle-
var consigo, en un precioso relicario, una
hostia consagrada, para que si fuesen con-
ducidos al martirio sin estar preparados,
pudiesen suministrarse á sí mismos la
Sagrada Comunión.

Los santos siempre han recomendado
y recibido frecuentemente la santa Euca-
ristía. También la Iglesia santa ha esti-
mulado de continuo á los fieles á comul-
gar con frecuencia. Heos aquí las pala-
bras del santo Concilio de Trento: « Sería
« de desear en gran manera que todo cris-
« tiano se mantuviese en un estado tal de
« conciencia, que pudiera recibir la co-
« munión siempre que asistiese al santo
« sacrificio de la Misa (2) ». En fin, el Pa-
pa Clemente VIII, con el objeto de ani-
mar á los cristianos á confesarse y á co-
mulgar á menudo, concedió á los que
tienen la costumbre de confesarse todas
las semanas, una indulgencia plenaria
cada vez que comulgan.

(1) S. CIPRIANO, *Libro 6 de LAPSIS*.

(2) *SESION 25, cap. 6.*

Por tanto, ya que N. Sr. Jesucristo se ha dignado instituir este divino Sacramento, ya que ha deseado y desea ardientemente que lo recibamos con frecuencia en la Sagrada Eucaristía, ya que los primitivos cristianos nos han dado el ejemplo, y la misma Virgen María y la Santa Iglesia Católica nos exhorta eficazmente á ello, ¿queremos todavía buscar pretextos para alejarnos de la Comunión?....

PRÁCTICA.

Recibiré con la mayor frecuencia posible la santa Comunión, sobre todo en los días de fiesta y durante las novenas de la Santísima Virgen María.

EJEMPLO.

Hacia el año quinientos cincuenta de la era cristiana, acaeció en Constantinopla un maravilloso suceso relativo á la santa Eucaristía. Había costumbre en aquel tiempo de buscar, en las familias ó escuelas cristianas, á los niños inocentes, para hacerles consumir las partículas consagradas que quedaban después de la comu-

nión de los fieles. Un día mezclóse entre los otros, un niño judío, hijo de un vidriero. Preguntado por su padre, por qué causa había llegado á casa más tarde que de ordinario, refirió el niño ingenuamente el motivo de su retardo, y como había sido llamado con los otros niños cristianos para hacer lo que ellos hicieron. Entonces el padre enfurecido, se arrojó sobre su hijo, atóle con cuerdas, y sin decir nada á nadie, lo precipitó dentro del horno encendido, en que se fundía el vidrio; la madre, llena de inquietud, viendo que su hijo no llegaba á casa, fue á buscarlo por toda la ciudad. Después de mil inútiles pesquisas, al tercer día al llegar á su casa desolada, como pasase por delante de la puerta del horno, oyó la voz de su hijo, que de en medio de las llamas, contestaba á sus desesperados gritos. Agitada entre la duda y la esperanza, se puso á abrir la puerta, pidiendo socorro. ¡Oh maravilla! Sacaron al niño sano y salvo del horno encendido. Preguntado, ¿quién le había librado? contó que una hermosa Señora, vestida de púrpura venía de cuando en cuando á echar agua para apagar las llamas, y que además le suministraba un sabrosísimo alimento. Propagóse la noticia de este milagro por toda la ciudad y produjo una gran emoción. El padre inhumano fue condenado á muerte por el em-

perador Justiniano, y la madre con el niño se convirtieron al cristianismo (1).

Si María, que fue seguramente la Señora vestida de púrpura, se dignó prestar un socorro tan extraordinario á un niño judío que, sin saberlo él, había participado de la Sagrada Eucaristía, ¿cuántas y cuáles gracias no obtendrá Ella para sus fieles devotos, que reciben la Comunión con disposiciones de verdadera piedad, y con asiduidad fervorosa?

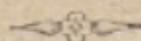
SÚPLICA.

Amantísima Madre, vuestro divino Hijo os ha hecho dueña de su poder infinito, y no por algunos desgraciados solamente, sino para todo el mundo, para toda la cristianidad. Ea, pues, Auxilio de los cristianos, echad una mirada sobre la tierra. ¡Ah! llega al extremo la maldad y desolación! El infierno hace cada día nuevas conquistas, las almas se

(1). HISTORIA ECCLES. AÑO 552.

pierden y caen en el abismo por la impiedad que domina y la irreligión que triunfa. ¡Oh María, acudid en ayuda del pueblo cristiano; aplastad al enemigo de vuestro nombre y del de vuestro Hijo Jesús; humillad al soberbio y orgulloso seductor de las almas; domine la piedad y triunfe la virtud.

Ave, Gloria, etc.



DIA SEXTO.

Por la señal etc. ; todo como en la página 5.

PRETEXTOS CONTRA LA COMUNIÓN FRECUENTE. VENTAJAS DE LA MISMA.

1. El demonio con sus artificios y el mundo con sus engañosas vanidades, hé aquí los principales obstáculos contra la comunión frecuente. Uno os dirá: «para acercarse con frecuencia á la Sagrada Mesa, es preciso ser otro de lo que yo soy». Yo responderé á éste: ciertamente, es necesario cierto grado de santidad; no la perfección sublime de los santos y mártires, sino un estado del alma, que se halle al alcance de todo cristiano, el cual se llama *hallarse en estado de gracia*, es decir, se requiere una voluntad real y sincera de evitar todo pecado y de amar y servir á Dios. Estas dos condiciones obligan á todos, aun á aquellos que, siendo cristianos, no frecuentan los sacramentos, de modo que el que falta á esos dos deberes para con Dios, se halla en

estado de pecado. Pero el que los cumple puede sin temor participar de los sacramentos, pues tiene la dosis de santidad suficiente para recibir á Jesucristo, y así debe aprovecharse de ella para fortalecer su alma y aumentar la gracia santificante. A fin de evitar todo error á este respecto, conviene recordar que nuestro Salvador Jesús no instituyó los santos sacramentos como recompensa de nuestras virtudes, sino como medicina de nuestros males y medios de adelantar en la perfección. Otros dan por pretexto: «que no pueden «recibir la comunión sin confesarse pri-
«mero cada vez, y que para esto les falta «tiempo».

A estos les diré: que no están obligados á confesarse fuera del caso en que su conciencia les arguya de falta grave (1). Pues bien; las almas que tienen la dicha de recibir con frecuencia á Nuestro Señor Sacramentado, rara vez caen en pecado mortal. En cuanto á las faltas veniales, si no hay comodidad para confesarlas, bastará hacer un acto de perfecta contrición, ó de amor de Dios, ó santiguarse con agua bendita ó rezar el Padre nuestro, ó asistir con devoción á la santa Misa; pues la Iglesia, ha declarado que la misma Comunión tiene la virtud de perdonar los pecados

(1) CONC. TRID. Ses. 13. cap. 12.

veniales y de preservar de los mortales: «*quo liberamur a culpis quotidianis et a mortalibus praeservamur* (1)». Sin embargo, como quiera que el sacramento de Penitencia nos alcanza gracias especiales, bueno será acercarse á ella todas las semanas, ó cada quince días, por lo menos.

2. No faltará tampoco quien diga para excusarse: «Yo no tengo fervor ni experimento ningún sentimiento de devoción». A lo que contestaré yo: Para comulgar con fruto, no es en ningún modo necesario sentir fervor. Sucede con frecuencia que las comuniones hechas con sequedad de alma, por pura obediencia á la ley Divina, son más meritorias que aquellas que producen grandes consuelos al corazón. Los más grandes santos, como un San Vicente de Paul, una Santa Teresa y otros, estaban sujetos á las arideces y distracciones de espíritu; y no obstante jamás abandonaron por esto las santas prácticas de piedad, y mucho menos la Comunión. Por tibio que seais, dice San Buenaventura, acercáos con confianza á la sagrada mesa, porque cuando os halláis más enfermo, mayor necesidad tenéis de médico: «*Licet tepide, accede fiducialiter, quia quo magis aeger, magis indiges* (2)».

(1) CONC. TRID. Ses. 13, Cap. 12.

(2) DE LA PERFEC. RELIG., cap. 12.

Otro dirá tal vez: «Yo no me atrevo á «comulgar, porque recaigo siempre en «las mismas faltas». Mas yo les diré: Si os abstenéis del *pan de los fuertes*, del alimento de vida, caeréis en faltas mucho más graves, y os iréis debilitando de día en día, hasta la muerte del alma. Escuchad lo que ha dicho San Ambrosio: Peco todos los días, y por lo mismo tengo necesidad de un cotidiano remedio: «*Quotidie pecco, quotidie remedio indigeo* (1)». No olvidemos jamás, que si bien la frecuente Comunión nos preserva de los pecados mortales, no por esto nos hace inpecables. Con tal de que no nos complazcamos en el pecado, y que tengamos un vivo deseo de agradar á Dios, no nos acobardemos por las faltas de su naturaleza involuntarias. La santa Comunión nos purificará poco á poco de las mismas, y nos dará fortaleza para evitar muchos pecados mortales.

3. Algunos cristianos se excusan diciendo: «Que la Iglesia no ha mandado «la Comunión frecuente, sino que sólo «ha prescrito de hacerla una vez al año». A éstos responderemos: «Que Jesucristo, «Rey del cielo y de la tierra, Jesucristo «que es el mismo amor, que hace la «delicia de los santos, desea que lo reciba-

(1) SUMA DE STO. TOM. páq. 3.; q. 86; art. 19.

«mos con toda la posible frecuencia». Dejémonos, pues, de vanos pretextos. ¿Amáis ó nó á Jesús? Si lo amáis, ya iréis á buscarlo y á recibirlo.

Es cierto que la Iglesia ordena la Comunión *una vez al año por lo menos*; pero no prohíbe por eso el recibirle con más frecuencia; al contrario, ella la recomienda y la desea. Fijáos bien en esta palabra *por lo menos*, que manifiesta, como si dijéramos, la condescendencia de una tierna madre, que ve á su hijo en peligro de muerte si rehusa todo alimento. Entonces ella con autoridad le ordena que tome siquiera un poco de comida de tiempo en tiempo, con la esperanza de que, recobrando un tanto las fuerzas, vendrá después á alimentarse con más abundancia, y de este modo salvará su vida. De consiguiente, podemos decir que el precepto de la Comunión pascual ó anual, ha sido impuesto en cierta manera á favor de los perezosos y de los cristianos sin energía. Para edificación de éstos, vemos aun en nuestros días á no pocos padres y madres de familia, á personas de servicio, artesanos y aun á gente de campo, que trabajan todo el día, y sin embargo se levantan bien temprano, van á la iglesia, hacen su Comunión, dan gracias, y después se van en paz á sus quehaceres. ¿No sería justo que tuviesen en el mundo muchos imitadores?

Pero, ¿qué método seguiremos, ó qué reglas deberemos observar con respecto á la Comunión frecuente? Preguntádsele á vuestro confesor, quien no puede menos de daros sabios consejos sobre el particular. Pocos serán los cristianos devotos á quienes no se les podrá permitir que comulguen una vez á la semana por lo menos. San Felipe Neri quería que la confesión se hiciese cada semana, y con más frecuencia todavía la Comunión. Que la Sagrada Eucaristía, dice San Agustín, sea nuestro pan cotidiano, para que cada día saquemos provecho de ella. Vivid empero de tal suerte, que podáis comulgar todos los días. Y Santo Tomás añade: Cuando se ha probado por la experiencia lo mucho que la Comunión frecuente aumenta el amor de Dios en nuestros corazones, entonces debemos comulgar diariamente (1). Así lo practicó la Virgen María después de la Ascención de su Divino Hijo. Todos los días oía la Santa Misa y recibía la Eucaristía, su Amado Bien, de manos de San Juan.

PRÁCTICA.

Tendré días señalados cada semana, ó cada mes, para ha-

(1) STO. TOMAS, IV SENT.

cer la comunión en honor de María.

EJEMPLO.

Son innumerables las gracias obtenidas mediante las novenas hechas á María Auxiliadora, durante las cuales se ha recibido frecuentemente la santa Comunión, para tenerla propicia. Hé aquí un suceso, entre muchos, que prueba esto hasta la evidencia. De Carignano, con fecha 8 de Agosto, nos escriben lo que sigue: « Hacía ya cinco meses que tenía á mi « madre enferma con unos dolores de ca- « beza tan agudos é insoportables, que ha- « bía momentos en que caía en el delirio « y perdía el conocimiento por completo. « Gimiendo dolorosamente, nos suplicaba « le procurásemos algún alivio. Muy pres- « to no nos quedó otra esperanza que de « encomendarla á la Santísima Virgen de « los Auxilios, como se lo habíamos visto « hacer á ella misma en casos apurados. Al « instante dimos principio á una novena: « era el 24 de Junio. Desde este mismo día « notóse una notable mejoría en el estado « de la enferma, y aun no habíamos ter- « minado la novena, cuando ya se hallaba « enteramente curada y reducida á la más

«perfecta salud.. En conformidad con el
«deseo de la enferma y el de nuestros pa-
«rientes y amigos, expreso ahora publi-
«camente nuestros homenajes y acciones
«de gracias al gran poder de María, Au-
«xilio de los cristianos.»

SÚPLICA.

Humildísima Virgen María,
el mundo traidor arrastra á una
muchedumbre de cristianos
con seductores halagos; el in-
terés es casi el único resorte de
las acciones humanas; todo lo
inundan el fraude y el engaño,
una sed frenética de placeres
impuros consume á los estados
y edades, y por colmo de des-
dichas, el respeto humano ti-
raniza á los mismos buenos.
¡Oh María! nuestro poderoso
auxilio, apiadáos de tantos
males; libradnos de estos peli-
gros; otorgadnos valor para el

desprendimiento de las cosas terrenales y desapego de la criatura; reine en todos la caridad y la justicia, con aquella fortaleza que despedaza las viles cadenas del respeto humano.

Ave, Gloria etc.

DÍA SÉPTIMO.

Por la señal, etc.; todo como en la página 5.

DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

1. ¿Queréis saber, ¡oh piadosos lectores! qué cosa es el santo Sacrificio de la Misa? Es el acto más solemne que puede celebrarse en la tierra; el acto más sublime y el más excelente por sí mismo, el que más agrada á Dios y el que nos atrae los mayores bienes. Es la continuación y reproducción de lo que hizo N. S. Jesucristo en la última cena, cuando por la virtud de su omnipotente palabra, trocó el pan en su carne y el vino en su

preciosísima sangre. En la vispera de su muerte celebró de este modo la primera Misa con sus Apóstoles, y ordenó á éstos que la perpetuasen hasta el fin de los tiempos. «Haced esto en mi memoria». Al propio tiempo que, durante la celebración del Sacrificio de la Misa, se reproduce ese prodigio inaudito, se continúa también y se renueva el sacrificio que Jesucristo hizo de sí mismo sobre la cruz, para aplacar á la Divina Justicia ofendida, para librarnos del infierno y abrirnos las puertas del Paraíso. Si, sobre este altar, mientras el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, Jesucristo se halla realmente presente con su cuerpo y su alma y su divinidad. En él se ofrece á su Eterno Padre, como víctima para nuestra salvación, como se ofreció sobre el Calvario. Con la sola diferencia de que el primer sacrificio fue sangriento, mientras que el de la Misa se realiza sin efusión de sangre; pero el valor del sacrificio es exactamente el mismo. Es decir, que la santa Misa nos representa en realidad de verdad á Aquél á quien toda la ciudad de Jerusalén vio clavado en la Cruz el Viernes Santo; á Aquél que fue el asombro de los judíos; á Aquél á quien la Madre del dolor contempló al pie de la Cruz; á aquél que al espirar, hizo eclipsar al sol, temblar la tierra y partir-

se las montañas; á Aquél que nos cerró el infierno y abrió el Paraíso, es decir, Jesucristo, el Salvador de los hombres. ¡Ah! ¿cómo explicar la excelencia de la Misa? ¡Ni los mismos Ángeles serían capaces de hacerlo dignamente, pues ellos enmudecen de admiración!

2. Siendo el sacrificio de la Misa idéntico al de la Cruz, se sigue que una sola Misa tributa á la gloria de Dios un homenaje superior á todas las alabanzas de los ángeles y de los santos de todos los siglos pasados y futuros. ¿Quién sería capaz de enumerar los tributos de adoración de todas las almas justas desde el principio del mundo? Y después de diez y ocho siglos que Jesucristo ha introducido en el reino de los cielos á tantos millares de almas bienaventuradas, ¿qué de innumerables alabanzas ha recibido! Agregad á ellas las de los nueve Coros de Ángeles que asisten ante el trono de Dios, de los Querubines, los Serafines, los Tronos, las Dominaciones, las Potestades, las Virtudes, los Principados, los Arcángeles, los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Vírgenes y las de todos los Santos! ¿Qué de incalculables homenajes hechos á la Majestad Divina! Pues bien: mucha más gloria y honor, infinitamente más, le redunda de una sola Misa, porque los ángeles y las

Jerarquías todas de los espíritus bienaventurados no son más que criaturas de Dios, y de consiguiente todas sus alabanzas y adoraciones no pueden traspasar los límites de lo criado y finito; mientras que en el Sacrificio de la Misa es Jesucristo, Dios verdadero, quien honra á su Padre, y por tanto es infinita la gloria que le resulta. Ya, pues, que somos incapaces de alabar dignamente al Eterno con nuestras pobres plegarias, oigamos por lo menos la Misa con una piedad y devoción profunda, y entonces estaremos seguros de honrar y glorificar á Dios tanto cuanto está en nuestras facultades y alcance.

3. Si la Santa Misa rinde á Dios un honor infinito, nos proporciona, por otra parte bienes. Es ella el canal misterioso por el cual Jesucristo nos aplica los méritos y frutos de su Pasión y muerte, y nos comunica todas las gracias que Él nos ha merecido. Ella es el arca de la santa paz, que nos reconcilia con Dios, la llave de oro que nos abre los tesoros de todas las bendiciones celestiales: «*omni benedictione coelesti et gratia repleamur*», como se expresa la Iglesia en la santa Misa. El sacrificio de la Misa es propiciatorio, es decir, que nos hace á Dios propicio, y aplaca su justicia dispuesta á castigarnos por todas nuestras prevaricaciones. ¡Cuántos pecadores han

conseguido la gracia de su conversión por haber hecho celebrar una Misa, ó por haberla oído con devoción! Así nos lo enseña la Iglesia, la cual lo ha declarado en estos términos: «Por esta oblación del *santo sacrificio*, Dios, aplacado, nos otorga el arrepentimiento y el perdón de las faltas y aun de los graves delitos (1)». A las almas que se hallan en estado de gracia, el santo sacrificio les alcanza no sólo el perdón de los pecados veniales, sino también la remisión de la pena temporal debida á sus culpas. San Gregorio el Grande nos enseña que «la audición de la Misa nos preserva de muchos males y peligros». Ella á los enfermos les obtiene la salud, á los pobres é indigentes, los socorros temporales, y nos libra de muchas tribulaciones de que la triste humanidad se halla siempre amenazada. San Agustín cita numerosos favores del cielo, dispensados en su tiempo, á muchos cristianos por haber oído devotamente la santa Misa, y declara que los que habrán honrado á Dios asistiendo con piedad y fervor al santo Sacrificio, no morirán con muerte repentina é impensada. El bienaventurado San Leonardo de Porto Mauricio escribe: «Yo abrigo la convicción de que si el santo Sacrificio de la

(1) CONC. TRIB. Ses. 22, Cap. 2.

Misa faltase, el mundo estaría ya sepultado en los abismos del infierno por sus iniquidades. Sólo la Misa es la que aún le sostiene. (1)». El santísimo Sacrificio es también el medio más eficaz de aliviar las almas del purgatorio en sus atroces sufrimientos, y de abreviar sus penas (2). De igual modo es también un medio seguro de agradar á Maria, aplicando la Misa por aquellas almas que más la han honrado durante su vida.

PRÁCTICA.

Oiré con devoción la santa Misa, en los días de fiesta, y también en los días de entre semana, si las obligaciones de mi estado me lo permiten.

EJEMPLO.

En 1858 una señora de Milán fue atacada de una parálisis completa en la mitad del cuerpo. Su familia, viéndola amenazada de nuevos ataques y reducida al últi-

(1) TESORO ESCONDIDO, *artic. IV, N. 7.*

(2) CONC. TRID. etc.

mo extremo, y no teniendo ya esperanza en los remedios humanos, comenzaron á implorar con confianza la misericordia Divina por la protección de María, socorro de los cristianos, después de haber visto que tantos cristianos habían experimentado sus favores. En seguida encargaron á Turin las oraciones especiales que allí tienen costumbre de rezar en los casos graves, y una Misa que debía celebrarse el día siguiente en la iglesia de María Auxiliadora. Mientras que á las siete de la mañana se decía en Turin el santo sacrificio por la enferma, sus parientes y amigos arrodillados al rededor de la cama unían desde léjos sus preces con las del celebrante. Imploraban que la pobre paráltica pudiese, por lo menos antes de morir, volver en sí y recibir el sagrado Viático. Su fervor movió al cielo. Hacia las siete y media, precisamente á la misma hora en que se concluía la misa en el santuario, la enferma recobró el conocimiento y el uso de la palabra, y también hizo mover poco á poco sus paralizados miembros. Entonces los asistentes, llenos de asombro, se imaginaron que ese esfuerzo de la naturaleza era tal vez el último, pero muy presto se convirtió el temor en la más viva alegría, pues la enferma sentándose sobre el lecho, articuló claramente estas palabras: «Yo estoy sana».

Pidió sus vestidos y se hizo llevar, aquella misma mañana, á la iglesia para dar gracias á la Madre de Misericordia y recibir la santa Comunión. Esta dichosa enferma, curada milagrosamente, nos ha escrito ella misma la relación de este hecho, terminando su carta así: «Deseo que se «dé á este milagro la mayor publicidad «posible, para que propalando los beneficios de María Auxiliadora, esta Buena «Madre sea invocada y honrada más y «más cada día.»

NOTA. Ibamos ya á imprimir esta pequeña obrita cuando recibimos del Párroco de Arosio, en Lombardia, la siguiente carta, que es una nueva prueba de lo que vamos diciendo:

Arosio, 23 de Marzo de 1870.

Permitid, señor Director, que os dirija esta carta, en la que os doy la noticia de mi milagrosa curación. El 29 de este mes hará un año que caí enfermo, hasta tal punto que perdí todo conocimiento, y desde los primeros días los médicos me juzgaron perdido. Un amigo mío, habiendo sabido mi situación extrema, os lo dio á conocer suplicándoos al propio tiempo me recomendáseis á las oraciones que en tales casos se hacen á María Auxiliadora, y que se dijese en su honor una Misa por mi intención. Tres días después, en el mismo

instante en que celebrábais dicha Misa para conseguirme la gracia tan necesaria de recobrar los sentidos, comencé á volver en mí y exclamé: «Oh María!» De esta gracia singular fue testigo mi teniente cura, y desde entonces mi salud ha hecho tales progresos, que bien puedo decir que estoy del todo sano, pues ya puedo celebrar la Misa. Gracias sean dadas á Dios Todopoderoso y á María, auxilio de los cristianos, gracias incesantes todos los días de mi vida!

SÚPLICA.

No seais, Madre de misericordia, insensible á los dolores de la Iglesia, menospreciada en su doctrina y en sus sacramentos. No permitáis sea derramada en balde la Sangre preciosísima de vuestro divino Hijo. No se gloríe Lucifer por más tiempo; iluminad á los ciegos, que la persiguen; fortaleced á los débiles, que no la defienden. Baste ya de dolores

y amarguras; baste ya de opresión é indiferencia. Brille, ¡oh María! vuestro poder sobre la tierra; sea glorificada por Vos y acatada la religión, observada la ley divina y eclesiástica, para que os alaben y gocen los hombres por infinitos siglos.

Ave, Gloria etc.

DIA OCTAVO.

Por la señal etc.; todo como en la página 5.

CONSIDERACIÓN.

Debemos honrar al Smo. Sacramento en las solemnidades, en las procesiones, acompañando el Sagrado Viático cuando es llevado á los enfermos y visitándole en las iglesias.

1. La santa Iglesia ha instituido ciertas solemnidades para honrar el Smo. Sacramento, como el Jueves Santo, el Corpus y su octava y las Cuarenta Horas. En esos dias ella quisiera tributar á su divino Es-

poso todo el honor y toda la gloria que le son debidos. A manera de una tierna madre, convida á todos sus hijos á unirse con ella, para ofrecer sus homenajes á la majestad de su Dios oculto bajo los velos de la Santa Hostia. Ella, en dichos días, adorna sus templos y altares con todo lo que tiene de más rico y suntuoso; quema el más fino incienso, é innumerables luces brillan en el templo santo. Además, como sabe muy bien que el mejor y más digno ornato para Jesús es la ofrenda de los corazones puros; que el incienso más perfumado es la oración de las almas que están en gracia de Dios, y que lo que resplandece con más brillo á los ojos del Divino Redentor es el amor y fervor de los fieles, por esto ella nos llama y convida, ¡oh cristianos! á rendirnos á sus deseos, y unirnos á todos en un solo y mismo transporte de adoración para declarar á Jesús en el Smo. Sacramento del mejor modo que nos es posible, las muchas y fervientes acciones de gracias de que les somos deudores. Esas solemnidades son para el corazón de Jesús lo que son para los soberanos sus días de fiesta. ¿Cuántos homenajes no reciben ellos en esas ocasiones de sus fieles vasallos? ¡Cómo manifiestan éstos su entusiasmo y cómo rodean el real trono de marcadas demostraciones de respeto y amor! ¿Y

nosotros no deberemos aclamar con nuestras alabanzas y cánticos á aquel que es Rey de Reyes, y al mismo tiempo nuestro libertador y salvador? Faltar á ésto sería una negligencia imperdonable de parte de un cristiano hacia ese corazón de amor. Por tanto, en tales días, desde por la mañana, hemos de acudir á la presencia y al trono de la Majestad Divina para adorarle y recibir en nuestros corazones la sagrada Eucaristía, prenda eterna del amor divino.

2. Además, hay otras dos circunstancias en las que nuestro deber de cristianos nos exige que rindamos homenaje al Smo. Sacramento, y son: en las procesiones solemnes y cuando el Santo Viático es conducido á los pobres enfermos. Sí, en las procesiones, asistiendo y tomando parte en ellas, damos público testimonio de nuestro culto por todo lo que hay de más querido y sagrado en la fe cristiana, y nos unimos en espíritu al cortejo invisible de los ángeles; y si acompañamos al Viático cuando es llevado por el ministro del Señor á consolar á algún enfermo y á ayudarle en el terrible tránsito de su alma á la eternidad, entonces manifestamos nuestra fidelidad en seguir á Jesús.

Imitemos á los discípulos de Emmaus. Aunque ellos no conocieron á Jesús desde el principio, sin embargo se entretu-

vieron santamente con Él, escuchando con avidez su palabra y conversación en todo el trayecto del camino. ¿Qué hubiera sucedido si desde que le vieron le hubiesen reconocido por su Buen Maestro? Aquellos, pues, que acompañen al Smo. Sacramento con sentimientos de amor y de dulzura, serán acreedores, por la pureza de sus deseos, á la recompensa de aquellos coros de almas vírgenes de que nos habla San Juan, que siguen al Cordero por do quiera: «*sequuntur Agnum quocumque ierit* (1)».

3. No basta, empero, honrar al Smo. Sacramento en las grandes festividades, ó acompañarle solamente en las procesiones y Viáticos, es también un deber de todo cristiano ir á ofrecerle nuestras adoraciones y respetos al sagrado Tabernáculo, en donde Jesús nos espera noche y día, y se ofrece continuamente por nosotros. Bien habría podido Él limitar su santa presencia á la hora de la Misa solamente; mas no ha querido dejar de estar siempre presente en el Santuario, á fin de que á todas horas nos fuese permitido ir á arrojarnos en el seno de su misericordia! Ha querido permanecer allí, para concedernos las gracias más especiales, para atraernos á Él ahora aquí en la tie-

(1) Aroc. N.º 14.

fra, y colmarnos de su amor después en el Paraíso. Vamos, pues, con frecuencia á visitar á este Amigo Divino. Las personas del mundo se consideran dichosas en visitar á sus buenos amigos y conocidos, hasta el extremo de perder días enteros en tales visitas, ¿y no encontraremos nosotros algunos momentos siquiera para estarnos al lado del mejor de los amigos, nuestro dulcísimo Salvador, tan amable y amantísimo? En Nazareth vemos á José y á María gozando de la compañía de Jesús. Allí gustan ellos las delicias anticipadas del Paraíso; y en proporción, ¿cuán inmensa no sería la amargura que sintieron cuando lo hubieron perdido por espacio de tres días? «Mira, dijole María, que tu padre y yo te andábamos buscando con gran pena y dolor». «*Eccc pater tuus et ego, dolentes, querébamus te* (1)».

¿Quién sería capaz de explicar la dulzura que experimentó San Juan en la última cena, cuando reclinó su cabeza sobre este Divino Corazón (2)? Pues bien; la dulzura que experimenta una alma cristiana en presencia del Smo. Sacramento es parecida á la que gustó el Discípulo amado: ella halla allí los más suaves consuelos. Bien lo probó San Luis Gonzaga, hasta el extremo que los médicos,

(1) Luc. 2.

(2) S. JUAN, 13.

en vista de su delicada salud, le prohibieron hacer visitas al Santuario: sin embargo, aun cuando no hiciera más que pasar por delante del altar, se sentía tan atraído por una fuerza sobrenatural, que le hacía exclamar involuntariamente: «¡Oh Jesús, dejadme ir...!» San Francisco Javier, hallándose en las Indias, pasaba los días enteros en instruir y convertir á los infieles, y las noches las pasaba delante del Smo. Sacramento, en donde recobraba nuevas fuerzas y saboreaba las delicias del Paraíso anticipado. San Francisco Regis hacía lo mismo, y cuando encontraba cerrada la iglesia se arrodillaba á la puerta, sin hacer caso ni del frío de las noches, ni de la lluvia ú otras intemperies. Aun en nuestros días no pocas almas piadosas pasan con gran placer horas enteras delante del Smo. Sacramento. A un jovencito á quien preguntaron por qué pasaba en el templo la mayor parte de sus horas de recreo, contestó sencillamente: Jesús está allí, y con Él está todo el Paraíso (1). ¡Oh! Sí, Jesús mío, Vos con María Auxiliadora, sed las delicias de mi alma.

(1) Vida del joven Rev. Sacerd. Lectura Catol. año 16, vol. 9.

PRÁCTICA.

Acompañaré al Santísimo Sacramento, y le visitaré con frecuencia en el Sagrado Tabernáculo.

EJEMPLO.

El dulce nombre de María, auxilio de los cristianos, resonará ya siempre más, aun en los parajes más remotos. Parece como que Dios quiere atraer á todos los pueblos á la luz de la fe, por medio de los prodigios obrados por intercesión de su bienaventurada Madre. La misma China nos ofrece sobre esto luminosos ejemplos. Héos aquí dos hechos entresacados del Musco de las Misiones católicas de Turin (1). Parece que la Santísima Virgen como si fuera más propicia á aquellos que la invocan bajo el título de «Auxilio de los cristianos». Una joven cristiana, paralítica desde mucho tiempo de un brazo, había probado, pero en vano, todos los remedios de la medicina. Su marido se determinó en fin ir en peregrinación, para

(1) N.º 48, AÑO 12. Nov. de 1869.

asistir á la inauguración de la capilla de Soo-Zai, á fin de que la Virgen, Auxilio de los cristianos, fuese propicia á la pobre enferma, y ésta comenzó, al propio tiempo, una novena por la misma intención. Su fe no fue ciertamente ilusoria; al noveno día comenzó á sentirse aliviada, y poco tiempo después quedó completamente curada. Otra joven, hacia ya algunas semanas que no tomaba ningun alimento, de modo que su vida ibase consumiendo por la debilidad. Por el mes de Mayo fué se también en peregrinación á la capilla de Soo-Zai, llegó allí, y apenas oyó la santa Misa y recibió la Comunión, cuando sintió que volvía á recobrar las fuerzas; desde aquella misma mañana pudo ya alimentarse, y poco á poco llegó á una perfecta salud (1).

SÚPLICA.

Piadosísima Madre, quien en todos tiempos os desvelasteis en ser verdaderamente la Auxiliadora de los cristianos, asistidos con vuestro poderosísimo patrocinió, en vida, y espe-

(1) APOLOG. N. 10, AÑO 12.

cialmente en el terrible trance de la muerte, y alcanzadnos la perseverancia final. ¡Ah! no nos dejéis un solo instante, hasta que felices con Vos, cantemos vuestras glorias, y las misericordias de vuestro Hijo en el cielo, por eternidad de eternidades.

Ave, Gloria etc.

DÍA NOVENO.

Por la señal, etc.; todo como en la página 5.

CONSIDERACIÓN.

De los dulces consuelos concedidos en la hora de la muerte á los fieles devotos de María.

1. La devoción á María es uno de los medios más seguros para conseguir una buena muerte. María, en aquella hora postrera, consuela á los que siempre se

han portado como hijos suyos; ella aligera su agonía y los libra de las ansiedades, y en fin, les obtiene también dulzuras inefables. Ya sabéis, fieles cristianos, que María es la más tierna Madre, la Madre que Jesús nos ha dado en su exceso de amor hacia nosotros. Por esto es que ella también nos asiste con un amor maternal en todas las tribulaciones de esta vida, y nos preserva de todos los peligros de alma y cuerpo. Pero si esta buena Madre así nos protege durante nuestra vida, mucho más lo hace cuando nos aproximamos á la eternidad. ¡Oh! en esta hora suprema, nos rodea Ella de su tierna solicitud, como lo hace una madre con su hijo enfermo. Y, si las enfermedades no fuesen para nosotros un gran medio de salvación y merecimientos, y si la misma muerte no fuese también una condición indispensable para entrar en el cielo, ¡oh! jamás María había de permitir que sufriesen y muriesen aquellos que la honran y aman. Mas, como el mismo Hijo de Dios haya padecido y muerto, lo mismo que María, criatura la más santa y pura, la ley de la humanidad exige que todos sufran y mueran. Los devotos hijos de María duermen, por decirlo así, en la paz del Señor, pues su muerte está exenta de agonías y llena de celestiales dulzuras.

2. Dos cosas hay que causan agonía y

tormento á los moribundos, y son: 1.^o Los pecados de la vida pasada, y 2.^o Los asaltos del demonio, con el temor del juicio de Dios que ven inminente. Ahora bien; un devoto de María no puede temer estas cosas. En primer lugar, no pueden inquietarle los pecados de la vida pasada, que ha confesado con frecuencia, y de los que abriga una confianza cierta de haber obtenido el perdón por la poderosa intercesión de María. La misma Virgen reveló esto á Santa Brigida, por estas palabras: «Aquellos que vengan á mí con un verdadero arrepentimiento, yo los recibiré con bondad, por más graves que hayan sido sus pecados; y no miraré yo las faltas que habrán cometido, sino á su buena voluntad, porque yo soy llamada Madre de Misericordia, y en realidad lo soy». ¡Ah! estemos bien persuadidos que si la Iglesia santa llama á María *clemente, piadosa y dulce*, no es sin justo motivo, lo mismo al llamarla *«Refugio de pecadores»*. María, dice San Bernardo, es el manantial y fuente de salvación; el que busca, pues, en Élla su salvación no sufrirá el contagio de la condenación eterna. La devoción á María, prosigue este Santo, es una señal cierta de predestinación *«certissimum signum salutis aeternae»*. Y San Alfonso de Liguorio repetía á menudo: «Honrando á María, estoy seguro de ganar el

Paraiso (1)». ¿Qué más podré añadir, sino decir con Santa Brigida: «el poder de María es tan grande, que conseguiría el perdón al mismo Lucifer, si fuese éste capaz de invocarla piadosamente?»

¿Qué podremos temer, pues, aun cuando hubiésemos cometido grandes pecados, si purificados por la penitencia, hemos honrado é invocado á María con todo nuestro corazón? Si cuando nos hallemos al momento de la muerte tuviésemos algunas dudas crueles; si imaginarios terrores vinieren á asaltar nuestro espíritu, acudamos á nuestra Celestial Madre y Ella sabrá disiparlos y hacernos sentir una dulce confianza. Se ha visto á algunos pecadores morir con una paz tal, como si en toda su vida hubiesen sido unos ángeles de inocencia, sólo porque vueltos á Dios después de haberse encomendado á María, perseveraron después en serle sus fieles devotos. Los que así se portaren, no tendrán ya por qué temer los asaltos del demonio. Es verdad que este enemigo de las almas, en aquella hora postrera, redobla su furor, viendo que le queda ya muy poco tiempo para perdersenos, como dice el Apóstol San Juan, «*Descendit ad vos Diabolus habens iras magnas, sciens quod modicum tempus habet* (2). Hé aquí

(1) San Alfonso de Liguorio.—GLORIAS DE MARÍA.

(2) ©Academia Colombiana de Historia

al demonio que viene á vosotros con gran furor, sabiendo que le resta poco tiempo. Pero María se pone á nuestro lado, y el enemigo huye aterrado de su presencia. Aquel que habrá honrado á María durante el curso de su vida, podrá en aquella hora suprema arrojarle en el seno de María, como un hijo en los brazos de su madre. Y si María está á favor nuestro, exclama San Antonino, ¿quién podrá nada contra nosotros? Nos dormiremos tranquilamente en el regazo de esta Madre de todas las gracias, para despertarnos junto á ella en el cielo. Las almas fieles á María tampoco temerán comparecer delante del Divino Juez: porque este Juez es Hijo de María, y Ella es su poderosa abogada en el tribunal supremo, «*Advocata nostra*». Una alma querida de María jamás será condenada por su hijo muy amado.

3. Disipados estos dos motivos de temor de nuestros últimos momentos, nuestra Celestial Protectora sabrá además endulzarnos haciéndonos saborear como un Paraíso anticipado. Se ha visto en más de una ocasión á la Sma. Virgen aparecerse á los agonizantes é iluminarlos con su presencia. Así nos lo enseñan grandes santos, tales como S. Carlos Borromeo, S. Buenaventura, S. Alfonso y otros. Un gran número de ellos han tenido la dicha

de experimentarlo por sí mismos, y entre otros, Sta. Clara, S. Felipe Neri, S. Félix de Cantalicio, Sta. Teresa, S. Pedro de Alcántara y S. Juan de Dios. Este último se afligía ya en su agonía, porque no venía María á asistirlo, pero aguardóla con una filial confianza, hasta que se le apareció radiante de gloria como está en el cielo, y le dijo que Ella jamás abandonaba á los suyos en sus últimos momentos «*Joannes, non est mecum in hac hora meos devotos relinquere*». Después de algunos instantes, Juan exhaló el último suspiro entre los brazos de Aquella á quien él tanto había amado y honrado (1).

Pero aun cuando María no se aparezca visiblemente á todos sus devotos, no es por esto menos cierto que se halla cerca de ellos en sus últimos momentos. Ella misma lo reveló á Sta. Brígida, en estos términos: «Yo quiero como una tierna Madre estar presente á la muerte de todos los que me habrán servido fielmente, para asistirlos y consolarlos en aquella hora tremenda (2). Hace sentir Ella su presencia, infundiendo en sus corazones la más dulce confianza. !Oh Padre mío, decía á un confesor un moribundo, si supieseis el contento que experimento ahora por ha-

(1) San Alfonso, GLOR. DE MARÍA.

(2) San Alfonso, GLOR. á MARÍA.

ber servido y amado en toda mi vida á la Madre de Dios! Yo no sabría cómo explicar la alegría que siento en este supremo momento! Por esto es, piadosos lectores, que hemos de procurar honrar á la Sma. Virgen María; cobijémonos con frecuencia bajo su égida tutelar, y estaremos seguros de que la muerte nos será dulce y como el preludio de una eternidad bienaventurada.

PRÁCTICA.

Recibiré á menudo la Sagrada Comuni6n en honor de María, y con la intenci6n de recibir, por su mediaci6n, el Smo. Viático en mis últimos momentos.

EJEMPLO.

Podría citar una infinidad de ejemplos para probar toda la maternal solicitud de María para con sus fieles devotos en su última hora. He escogido uno entre miles, sacado de San Alfonso (1).

(1) San Alfonso de Ligorio, GLOR. DE MARÍA.

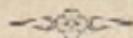
Adolfo, conde de Alsacia, despues de haber pasado en la disipación una parte de su vida, iluminado un día por la gracia divina, se convirtió, y abandonando el mundo y á sus falsos placeres, entró en un convento. En breve tiempo protestó ya que quería vivir y morir al servicio de Maria, Refugio de pecadores, prometiendo honrarla; pero llegado que fue á sus últimos momentos, y viéndose en presencia de la muerte, sintióse asaltado de un terror que no podia vencer. Las faltas de la juventud, y los rigores del juicio divino, le hacian temblar y dudar de su salvación. Pero la Virgen Maria que vela en los últimos momentos de sus fieles siervos, vino en socorro del moribundo para librarle de sus angustias. Apareciósele, pues, acompañada de muchos santos, le alegró con su radiante aspecto, y consolóle con estas palabras: «Adolfo, muy querido, ¿por qué temes morir, siendo tú ya mío? *Adolphe, mi carissime, mori eur times, meus quum sis.*» A esta voz, y á estas palabras, sintióse el moribundo inundado de una inefable alegría, y haciendo un movimiento hacia Aquella, que con tanta bondad le habia hablado, expiró en este transporte de amor. Dichosa y feliz muerte! Oh! pudiese la nuestra ser semejante á ella! . . .

SÚPLICA.

¡Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra amantísima! de Vos se ha dicho: todo poder se le ha dado en la tierra y en el cielo; se ha dicho también, que os presentáis al trono del Altísimo, no como esclava, sino como soberana, no como quien pide, sino como quien manda. Ea, pues, Abogada universal, que á nadie desecháis, Abogada poderosísima, á quien nada reusa el Todopoderoso, á Vos clamamos desde el abismo de nuestras miserias en que estamos sumidos; alejadnos todo mal del alma y del cuerpo, el pecado y sus castigos; amparadnos á todos, Reina y Madre nuestra. Bajo vuestro imperio ponemos nuestros bienes, nuestros cora-

zones, almas, potencias, sentidos, vida, todo cuanto tenemos; en Vos, después de Jesús, estriba toda nuestra confianza. Sed nuestro amparo y nuestra defensa por el curso de toda nuestra vida.

Ave, Gloria etc.



DÍA DE LA FIESTA

DE MARÍA SMA. DE LOS AUXILIOS.

(24 de Mayo).

Por la señal, etc.; como en el día primero.

CONSIDERACIÓN.

1. Para que los fieles devotos puedan mejor tomar parte en la solemnidad de este día, vamos á relatar y exponer los hechos memorables que la han fijado á esta fecha. Ya dijimos que el Papa San Pío V, en el año 1571, en memoria de la prodigiosa victoria de Lepanto, añadió á las Letanías de la Sma. Virgen el título *Auxilium Christianorum*, Auxilio de los cristianos. Muchos de sus sucesores confirmaron este título y se esforzaron en propagar la devoción á María Auxiliadora. Así, en el año 1684, Inocencio XI aprobó una Asociación, erigida bajo este título, en Munich de Baviera. En 1798, Pío VI aprobó también, bajo este mismo título, una nueva Asociación que se fundó en Turín, ciudad en todo tiempo muy de-

vota de María. Una cosa, empero, faltaba para establecer definitivamente este culto, y era señalar el día de su fiesta, un oficio especial en el rito y una Misa aprobada por la Iglesia. Mas, los Soberanos Pontífices, para determinarse á establecer el rito de esta solemnidad, necesitaban de algún acontecimiento que les manifestara su oportunidad; y ese acontecimiento no tardó mucho en presentarse. Tal fue la maravillosa libertad de Pío VII, que estaba preso; este hecho movió á este Pontífice á establecer la fiesta de Ntra. Señora del Buen Socorro.

2. El Emperador Napoleón I, después de haber vejado de mil maneras al Soberano Pontífice, le exigía además que firmase y aprobase unas resoluciones contrarias á su conciencia. A su valerosa negativa, el Emperador contestó con la violencia y el sacrilegio. El Papa, arrestado, fue conducido á Saboya, en donde este glorioso Pontífice pasó más de cinco años bajo una vigilancia la más severa. Pero, como Dios ha querido siempre que allá donde resida el Papa allí esté también la Iglesia con la Santa Sede, Saboya se transformó en una nueva Roma. Las numerosas demostraciones del amor y respeto de los fieles despertaron los celos de Napoleón, quien queriendo humillar al Vicario de Jesucristo, ordenó que fuese

trasladado á Fontainebleau. Mientras el Jefe del Catolicismo gemía en su prisión, no les quedó á los fieles otro recurso que imitar á los cristianos de la primitiva Iglesia, es decir, el de erar, como lo hicieron aquéllos por San Pedro reducido también á prisión. Todos los buenos católicos uniéronse, pues, con su Padre común, invocando la protección de Aquella que es llamada por la Iglesia «*magnum Ecclesiae praesidium*», fortaleza de la Iglesia. Se cree generalmente que el Soberano Pontífice hizo desde entonces el voto de instituir una festividad en honor de Maria de los Auxilios, si volviese á verse libre para entrar en Roma y poderse sentar en la silla apostólica.

En este estado las cosas, la fortuna que hasta entonces había sido favorable al Emperador, comenzó á volverse contra él. Después de haber hecho temblar la tierra con sólo el eco de su nombre victorioso, tuvo Napoleón la desgraciada idea de conducir sus armas contra Rusia. Confiaba encontrar allí nuevos triunfos, pero sólo encontró la ruina de sus tropas y los más inauditos desastres. A la voz y oraciones del Soberano Pontífice prisionero y de tantos fieles, Maria se conmovió, y en pocos días transforma los destinos de la Europa y del mundo entero. Los rigores del clima, los conocimientos estraté-

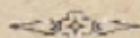
gicos de los rusos y su bravura y arrojo ante la traición y defección de varios de los Generales franceses, desbarataron las esperanzas de Napoleón, quien muy presto vio á sus tropas en la más completa derrota. De seiscientos mil soldados de que se componía su ejército, apenas, si pudieron salvarse cuarenta mil, perecieron los restantes, y el mismo Emperador sólo pudo salvarse con la fuga. Después de la caída de Napoleón, la justicia reconquistó sus derechos, y Pío VII, libertado, pudo nuevamente entrar en Roma, en donde fue recibido con las demostraciones de la más viva alegría. Apresuróse el Soberano Pontífice á rendir un público testimonio de gratitud á su Celestial Libertadora, y la fiesta de María Auxiliadora fue instituida y fijada el 24 de Mayo, fecha de la libertad del Augusto Prisionero.

3. Con el fin de promover y propagar este culto, el glorioso Pontífice aprobó un gran número de Asociaciones erigidas más tarde en Archicofradías. Sus sucesores hicieron lo mismo, y Pío IX, tan celoso por todo lo tocante al honor de la Augusta Madre de Dios, tomó bajo su especial protección la fundación, en Turín, de la iglesia de María Sma. de los Auxilios. Por un Decreto de 22 de Mayo de 1868, se dignó conceder una Indulgencia plenaria, bajo las condiciones ordinarias,

á los que visitasen la susodicha iglesia, ya el 24 de Mayo, día de la festividad, ya en otro cualquier día. Más tarde concedió nuevas indulgencias plenarias y parciales á la piadosa Asociación que se fundó con la autorización del Ilmo. Arzobispo de Turín, bajo el título de Maria Auxiliadora. Por un Decreto de 5 de Abril de 1870, los socios pueden ganar todas estas indulgencias en otras iglesias; la Asociación fue elevada á ser Archicofradia con facultad de erigir otras bajo el mismo título y con las mismas prerrogativas, canónicamente aprobadas. Ofrecemos, pues, este tesoro á los fieles cristianos que quisiesen participar y gozar del mismo.

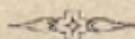
PRÁCTICA.

Me consagraré á María, prometiendo amarla con todo el corazón en lo sucesivo, y de servirla lo mejor que sepa y pueda.



ACTO DE CONSAGRACIÓN A MARÍA.

¡ Oh Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre mía! Yo, N., siervo vuestro y pecador indigno que... me postro á vuestros pies; y en presencia de Dios Todopoderoso y de toda la Corte Celestial, os ofrezco mi corazón con todos sus afectos, y lo consagro enteramente al servicio de Vuestro Divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Dignaos aceptar, ¡ oh Madre llena de bondad! esta humilde ofrenda de mí mismo, en unión con todas las almas santas que, por vuestro medio, han hecho la ofrenda de sus vidas á nuestro divino Redentor, á fin de que, descansando mi corazón entre el Sagrado Corazón de Jesús y el Vuestro, se inflame en el fuego del Amor Divino, y así, purificado de toda mancha de pecado, pueda vivir eternamente en compañía de los Ángeles y Santos, para cantar vuestros loores por los siglos de los siglos. Así sea.



LETANÍAS

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Kyrie, eleison. Christe, Eleison. Kyrie, eleison. Christe, audi nos. Christe, exaudi nos.

Pater de Coelis Deus, miserere nobis.

Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.

Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.

Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.

Sancta Maria, ora pro nobis.

Sancta Dei Genitrix, ora

Sancta Virgo Virginum, ora

Mater Christi, ora

Mater divinae gratiae, ora

Mater purissima, ora

Mater castissima, ora

Mater inviolata, ora

Mater intemerata, ora

Mater amabilis, ora

Mater admirabilis, ora

Mater Creatoris, ora

Mater Salvatoris, ora

Virgo prudentissima, ora

Virgo veneranda, ora

Virgo medicatrix, ora

Virgo potens,	ora pro nobis.
Virgo clemens,	ora
Virgo fidelis,	ora
Speculum iustitiae,	ora
Sedes sapientiae,	ora
Causa nostrae lactitiae,	ora
Vas spirituale,	ora
Vas honorabile,	ora
Vas insigne devotionis,	ora
Rosa mystica,	ora
Turris Davidica,	ora
Turris eburnea,	ora
Domus aurea,	ora
Foederis arca,	ora
Janna coeli,	ora
Stella matutina,	ora
Salus infirmorum,	ora
Refugium peccatorum,	ora
Consolatrix afflictorum,	ora
Auxilium Christianorum,	ora
Regina Angelorum,	ora
Regina Patriarcharum,	ora
Regina Prophetarum,	ora
Regina Apostolorum,	ora
Regina Martyrum,	ora
Regina Confessorum,	ora
Regina Virginum,	ora
Regina Sanctorum omnium,	ora
Regina sine labe concepta,	ora

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
parce

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
exaudi nos Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
miserere nobis.

Sub tuum praesidium confugimus, sancta Dei Genitrix, nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus nostris, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

V. Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus.

Omnipotens et misericors Deus, qui ad defensionem populi christiani in beatissima Virgine Maria perpetuum auxilium mirabiliter constituisti, concede propitius, ut tali praesidio muniti, certantes in vita, victoriam de hoste maligno consequi valeamus in morte. Per Christum, etc.

ORACIÓN

AL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.

Dios te salve, augustísima Reina de la paz, Madre de Dios; por el sacratísimo corazón de vuestro hijo Jesús, príncipe de la paz, haced que se aplaque la ira de Dios y que reine en nosotros la paz. Acordáos, ¡oh piadosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que vos hayais desechado ó abandonado á ninguno de cuantos han implorado vuestro favor. Animado con esta confianza me presento á Vos, ¡oh Madre del Verbo Eterno! no queráis despreciar las súplicas de este vuestro humildísimo hijo, atendedlas favorablemente, ¡oh clemente, oh pia, oh dulce Virgen María!

Pío IX concedió 300 días de indulgencia cada vez que se recite dicha oración.

¡Oh Jesús abrasado en amor por las almas, pésame en el alma haberos ofendido!

¡Oh mi dulce y buen Jesús, propongo no volver más á ofenderos!

¡Corazón sagrado de María, ayúdame á salvar el alma mía!

¡Oh dulce Corazón de mi Jesús, haced que yo siempre os ame más!

PROTESTA DEL AUTOR

Para obedecer á los decretos de Urbano VIII, entiendo que todo lo que se diga en este libro de milagros, relaciones ú otros hechos, no quiero atribuirles otra autoridad que la humana, y dando á alguien el título de Santo ó Beato, no quiero dárselo sino según la opinión, excepto aquellas cosas ó personas, que hayan sido ya aprobadas por la Santa Sede Apostólica.

ÍNDICE

	Pág.
Portada	1
Introducción	3
Novena á María Auxiliadora	5
Día primero.	8
Día segundo	16
Día tercero	22
Día cuarto	31
Día quinto	40
Día sexto.	50
Día séptimo.	58
Día octavo	67
Día noveno	75
Día de la fiesta de María de los Auxilios	85
Acto de consagración á María.	90
Letanias de la Santísima Virgen	91
Oración al Sacratísimo Corazón de María	94